

Mantengan la unidad que proviene del Espíritu Santo

Mensaje de clausura / Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Iglesia Nuestra Señora de la Caridad / Centro Habana

El texto bíblico que ha servido de inspiración a la celebración este año de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos se encuentra en la carta a los Efesios, capítulo 4, verso 4: “Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como Dios los ha llamado a una sola esperanza”. Esta afirmación forma parte de una exhortación más general que aparece en el comienzo del capítulo 4 y que dice así: “ustedes deben portarse como los que han sido llamados por Dios. Sean humildes y amables, tengan paciencia y sopórtense unos a otros con amor, procuren mantener la unidad que proviene del Espíritu Santo, por medio de la paz que une a todos”.

Este preámbulo al versículo 4 nos dice al menos dos cosas importantes. Primero, la unidad entre los cristianos es un don del Espíritu Santo, no es algo que podamos lograr por nuestro propio esfuerzo, es un don de Dios y el llamado que se nos hace es a mantener ese don de la unidad. Segundo, preservar esa unidad que nos ha sido dada en Cristo es parte inseparable de la vida y el testimonio de la iglesia, es parte del llamado que hemos recibido de parte de Dios. El texto menciona algunos valores evangélicos que se vuelven prácticas cotidianas y que hacen posible mantener esta unidad: la amabilidad, la humildad, la paciencia y el sobrelevarnos los unos a los otros con amor. Sin estas actitudes fundamentales no será posible dar testimonio de nuestra unidad.

Veamos entonces con más detenimiento el mensaje del versículo 4.

Varios textos en el Nuevo Testamento hablan de la iglesia como cuerpo de Cristo. En el capítulo 12 de la primera Carta a los Corintios, el apóstol Pablo afirma lo siguiente: “El cuerpo humano, aunque está formado por muchos miembros, es un solo cuerpo. Así también Cristo”. Más adelante dice que fuimos bautizados para formar un solo cuerpo por medio de un solo Espíritu. El cuerpo se compone de muchos miembros y cada miembro cumple con una función determinada, de manera que los miembros se necesitan mutuamente para que el cuerpo pueda existir. Si todo fuera un solo miembro no habría cuerpo pero Dios ha puesto cada miembro del cuerpo en el sitio que mejor le pareció.

Este pasaje nos ofrece elementos valiosos para nuestra práctica de oración por la unidad entre los cristianos y las cristianas. El texto nos invita a dar gracias por los diferentes miembros que conforman el cuerpo de Cristo que es la iglesia universal. El reconocimiento de que la iglesia es una y diversa debe ser, al mismo tiempo, motivo de gratitud.

Debemos agradecer al Señor por nuestros hermanos y hermanas de las diferentes tradiciones cristianas, agradecer por su testimonio. El Concilio Vaticano II, en su documento *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, afirmó lo siguiente: “Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las obras de virtud en la vida de otros que dan testimonio de Cristo, a veces hasta el derramamiento de la sangre: Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras”.

Agradecer por el testimonio de otros cristianos nos ayuda a tomar conciencia de que no estamos solos para vivir nuestra vocación de fe y servicio en el mundo. Nuestros hermanos y hermanas también nos enseñan otras maneras de comprender y vivir la fe, nos ayudan a reconocer que ninguna tradición cristiana es dueña de la verdad sino que la verdad es el Evangelio de Jesucristo y ese es el mensaje que las iglesias deben proclamar, sea cual sea nuestro nombre, sea cual sea el contexto donde servimos, sea cual sea nuestra forma de culto o de gobierno, es a la proclamación del Evangelio a lo que estamos llamados y llamadas.

El texto también nos invita a ser agradecidos por nuestro bautismo. Fuimos bautizados para formar un solo cuerpo por medio de un solo Espíritu. El apóstol Pablo relaciona la acción bautismal de sumergirse y emerger del agua con la experiencia de la muerte y la resurrección. En su Carta a los Romanos, capítulo 6, leemos lo siguiente: “En el bautismo fuimos sepultados con Cristo, y morimos para ser resucitados y vivir una vida nueva, así como Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre”. Y más adelante añade: “No entreguen su cuerpo al pecado como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, entréguese a Dios, como personas que han muerto y han vuelto a vivir, y entréguele su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante él”.

Meditar en nuestro bautismo es una ocasión propicia no solo para dar gracias sino para reconocer con humildad aquellos momentos en los cuales no actuamos como personas que han muerto y han vuelto a vivir. Debemos pedir perdón a Dios por las ocasiones en que fomentamos las divisiones, la rivalidad, el descrédito y la falta de comunión entre las iglesias, cuando vemos a nuestros hermanos y hermanas como una amenaza y no como una oportunidad para crecer y madurar en nuestra fe. Y nos pasa como aquellos discípulos que vieron a otros enseñando y sanando en el nombre de Jesús y les impidieron que lo hicieran porque no eran de su grupo, a lo cual Jesús respondió “el que no está en contra mía está a mi favor”.

Qué bueno sería que la iglesia pueda ser ese cuerpo que se entrega a Dios como instrumento para hacer lo que es justo. Orar y trabajar por la unidad de los cristianos y las cristianas no es solamente una obra de paz, de amor, sino también de justicia. En el documento *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*, del Consejo Mundial de Iglesias, un texto que refleja convergencias doctrinales en estos temas desde diversas tradiciones cristinas se dice que los cristianos “reconocen que el bautismo en la muerte de Cristo tiene implicaciones éticas, que no solo llaman a la santificación personal, sino que comprometen a los cristianos a luchar para que se realice la voluntad de Dios en todos los sectores de la vida”.

El otro elemento importante en este versículo es el Espíritu Santo. Volvemos a la primera Carta a los Corintios, capítulo 12: “Hay en la iglesia diferentes dones, pero el que los concede es un mismo Espíritu. Hay diferentes maneras de servir, pero todas por encargo de un mismo Señor. Y hay diferentes manifestaciones de poder, pero es un mismo Dios que, con su poder, lo hace todo en todos. Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos”.

La iglesia es la comunidad del Espíritu, la comunidad que por medio de los dones que da el Espíritu, sirve en el mundo. Una de las experiencias más significativas de este camino ecuménico que recorremos es la posibilidad de compartir los dones que cada iglesia tiene.

Cada tradición cristiana contiene una riqueza enorme que proviene de su espiritualidad, de su liturgia, de sus prácticas de oración, de sus maneras de servir y asumir compromisos con los sufrimientos del mundo, de encarnar la fe en situaciones de dolor y desesperanza.

Para descubrir ese tesoro, debemos estar abiertos a lo que el Espíritu nos quiere mostrar a través de otras iglesias. En el cuaderno *Diversidad y Comunión*, publicado hace algunos años por el Consejo Nacional de Iglesias Cristianas de Brasil, se invita a que podamos conocer la historia de las otras iglesias contadas por ellas mismas porque muchas veces la información que nos llega de otras iglesias es de segunda mano: escritos, conferencias, predicaciones polémicas que tienen como objetivo mostrar cuáles iglesias están en lo cierto y cuáles están en el error.

Por eso, lo importante es conocer a los miembros de otras iglesias como personas, antes que nos domine la tentación de colocarles una etiqueta. Así, este cuaderno propone:

conversar sobre la vida, hacer pequeños favores unos a otros, conocer las alegrías, temores, afectos, las realizaciones de esas personas. De este modo vamos a descubrir excelentes personas en ese proceso, vamos a percibir que esas personas son buenas, incluso por causa de los valores que aprendieron en sus propias iglesias ... Así perdemos el miedo a cultivar la espiritualidad del encuentro, abriendo caminos para descubrir afinidades y crear una ternura fraterna en relación a los sentimientos y realizaciones de otras personas.

Estos son los caminos de transformación que el Espíritu quiere producir en nosotros. Es el mismo Espíritu que llevó a Felipe al encuentro con el funcionario etíope en el desierto; es el mismo Espíritu que llevó a Pedro a la casa del centurión Cornelio, donde Pedro pudo comprender que Dios no hace acepción de personas sino que en cualquier nación acepta a los que lo reverencian y hacen lo bueno. El apóstol Pablo en el capítulo 8 de su carta a los Romanos declara que por este mismo Espíritu nos volvemos hermanos y hermanas, hijos de un mismo Padre. Por este Espíritu podemos dirigirnos a Dios diciendo “Abba”, “Padre”.

Y por ser hijos e hijas de Dios tenemos parte en la herencia que Dios nos ha prometido. Esto nos conecta con el tercer elemento de nuestro versículo, una sola esperanza. Esta esperanza a la cual Dios nos ha llamado, es comprendida en la carta a los Efesios como el designio de Dios realizado en Cristo, esto es, la salvación que se ofrece a todos los pueblos. Por medio de este mensaje de salvación, Dios nos llama a participar de un mismo cuerpo y a ser portadores de una misma promesa.

Sin embargo, no es suficiente que la iglesia se coloque al servicio de este mensaje de salvación sino que debe hacerlo cultivando, preservando, manteniendo la unidad entre sus miembros para que el mundo crea. Esta fue la oración de Jesús, que seamos uno para que los demás puedan creer que Jesús nos ha enviado, nos ha hecho partícipes de una misma esperanza fundada en su amor, en su misericordia, en su paz como dones ofrecidos a toda la humanidad.

Mis hermanas y hermanos, es bueno reunirnos en fechas como esta para orar en comunión. Pero la oración por la unidad cristiana debe ser una acción permanente. Así también, toda acción que podamos realizar de manera conjunta como testimonio de nuestra esperanza contribuirá a fortalecer nuestra unidad. En Juan 17, Jesús ora por la unidad de sus

discípulos, pero también ruega por quienes creerán en él por medio del mensaje de ellos. Cuando los cristianos y las cristianas oran y trabajan por la unidad y desde la unidad, se vuelven una señal de esperanza.

La solución a las grandes crisis que hoy enfrenta nuestra sociedad y el mundo en general descansa en buena medida en la posibilidad de que las personas puedan unirse sobre la base de una fe común, de un horizonte de vida común, de principios y valores en común. En ese sentido, la unidad entre las iglesias sobre la base de un testimonio común del mensaje liberador del evangelio puede también ser una gran inspiración que alimente las múltiples esperanzas de la humanidad.

Termino con la exhortación que encontramos en la primera estrofa de ese canto escrito por Peter Scholtes hace más de 60 años, sacerdote católico estadounidense, y traducido al castellano por Federico Pagura, Obispo de la Iglesia Metodista Argentina, y que utilizamos en ocasiones como esta: "Somos uno en Espíritu y en el Señor, y rogamos que un día sea total nuestra unión. Y que somos cristianos lo sabrán, lo sabrán porque unidos estamos en su amor". Amén.

Amós López Rubio / 26 de enero de 2026